

IMPRESIONES NORTEAMERICANAS SOBRE CENTRO AMERICA EN LOS SIGLOS XIX—XX

Ralph Lee Woodward

UNA SELECCION

Desde la independencia de la América Central, hace 150 años este istmo ha atraído la atención de muchos norteamericanos, quienes dirigieron su mirada a él por motivos económicos, políticos y culturales. Muchos de ellos han escrito sus impresiones y observaciones de esta parte de las Américas, al viajar por ella en capacidad de diplomáticos, negociantes, estudiosos, turistas, etc. Sean cuales fueran los motivos de su visita, sus relatos han sido valiosos al historiador, no obstante no sean éstas siempre correctas o especialmente acertadas. Estas observaciones presentan perspectivas distintas, reflejando las condiciones de Centro América desde el punto de vista de la república estadounidense. Son estas opiniones tan valiosas para la interpretación de la historia de Centro América como las fueron las de Tocqueville, Sarmiento, o Martí en la interpretación de la historia norteamericana.

Pero el total de tales observaciones llenaría muchos tomos y mi intento aquí es más sencillo. Es el ofrecer una selección de estos relatos como representativos de las varias actitudes e intereses de norteamericanos tocantes a Centro América durante los últimos ciento cincuenta años.

Hubo o habido por supuesto, muchos extranjeros que también escribieron sus impresiones de Centro América; notablemente resaltan las de los ingleses. La antología de Franklin Parker, "*Travels in Central América*", 1821—1840, recién publicada por la editorial de la Universidad de Florida, contiene varios de los más importantes de estos escritos. Están los de Henry Dunn, Orlando Roberts, George Alexander Thompson, Thomas Young y otros.

Fueron contados los norteamericanos que llegaron hasta acá durante esos primeros días de la Confederación Centroamericana. Entre los que lo hicieron encontramos a algunos representantes oficiales del gobierno estadounidense, y varios de ellos escribieron extensamente sobre lo que vieron en el istmo.

El primer agente diplomático que llegó a Centro América fue John Williams, quien en 1826 informó a su Ministro de Relaciones Exteriores, Henry Clay, que las condiciones en la nueva república no eran alentadoras; sin embargo expresa su optimismo cuando escribe que las dificultades no son “tantas que un sistema de finanzas liberal, que fomentará el desarrollo de los recursos naturales del país, no las pueda vencer” (1).

Menos de un año después, William Phillips, Cónsul Interino en Guatemala, como buen republicano expresa su desdén por las fuerzas que se han apoderado del estado, bajo el mando, de Don Mariano Aycinena. En esta ocasión escribió a Clay comentando que “estos establos de Augías necesitan limpieza, pues son el centro principal del Fernandismo, y tan españoles como Puerto Rico” (2).

Al caer las fuerzas Conservadoras, sin embargo el nuevo cónsul interino Henry Savage, previó nuevos peligros. Impresionado por la debilidad del gobierno centroamericano, sus escritos indican que se preocupaba especialmente de su vulnerabilidad a la agresión británica. Escribe a Martin Van Buren, encargado de Relaciones Exteriores en el gobierno de Andrew Jackson, “A Usted, señor, deben serle bien conocidos el fatal estado político actual de este pueblo y la escasez de recursos del Gobierno Nacional causados por las constantes perturbaciones políticas y el descontento casi universal contra todos los partidos: lo que ha colocado este desventurado país en tal posición que no sería de extrañar fuese presa inevitable de la capacidad de sus más poderosos vecinos, los que con sólo una excepción, se hallan en un estado casi tan deplorable como el suyo y son por consiguiente del todo incapaces para emprender una intervención que no se les ha solicitado. Pero ésta no ha sido así en lo que respecta al caserío británico de Belice...(3).

Los británicos ya habían tomado posesión de Roatán, y Savage temió que esa invasión fuera un prelude a la conquista de la costa oriental de todo el istmo. Dos años después, jactándose de que él era el único norteamericano que entendiera a la gente centroamericana, Savage escribió que los Centroamericanos “son, han sido, y por muchos años serán enteramente incapaces de mantener ningún otro gobierno salvo el del despotismo absoluto” (4).

Pronto se nombró un *chargé d'affaires* para Centro América, quien continuó dando sus reportes sobre el estado caótico de los asuntos públicos allá, pero algo desilusionado sobre el futuro de la región. Los despachos de Charles DeWitt, quien ocupó este puesto

desde 1833, hasta 1838 nos ofrecen considerable detalle y perspicacia de este período turbulento del colapso de la Federación. Desde su primer despacho, escrito desde New York aún antes de embarcarse para Centro América, DeWitt con exactitud definió uno de los problemas principales de la región, es decir la falta de transporte adecuado. “Hay una dificultad singular en llegar a la capital de Centro América desde los Estados Unidos”, escribió. “A todos los otros países en que nuestro gobierno se representa, paquebotes o buques regulares pasan de un lado a otro durante todo el año, pero Centro América carece de los dos. Nuestro intercambio comercial con la Bahía de Honduras está todavía en su infancia, y las oportunidades del viajero para embarcar no son frecuentes” (5). DeWitt escribió en 1834 que “hay un gran deseo entre ellos, que toman interés en la política de información sobre los principios y la práctica del gobierno de los Estados Unidos”, y observó que los libros de los Estados Unidos influyeron mucho sobre el Ministro de Relaciones Exteriores de las Provincias Unidas, Marcial Zebadúa, y otros “republicanos”, y que por el momento estaban impresionados especialmente por la fuerte posición del Presidente Jackson tocante a la conservación de la Unión con respecto a la rebelión de Carolina del Sur (6). Otros despachos de DeWitt documentan en detalle el colapso de las Provincias Unidas y la subida al poder en Guatemala de Rafael Carrera.

En 1838 mandó los Estados Unidos a Centro América un agente especial, George Washington Montgomery. El objeto de la misión es desconocido, mas pasó como tres meses aquí. Hay poco en los archivos que destaque su estancia en Centro América, pero a su regreso a los Estados Unidos escribió una de las relaciones de viajeros más importantes del tiempo, titulada *Narrative of a Journey to Guatemala, in Central America, in 1838* (New York, 1839). Montgomery estaba mejor preparado que otros diplomáticos norteamericanos para observar la escena centroamericana en este momento crítico de su historia, pues había pasado su juventud en España y por eso tenía alguna idea del idioma y las costumbres españolas (7). Los viajes de Montgomery lo llevaron desde Trujillo a Izabal, y desde allí al interior, a muchos puntos en Guatemala, Honduras y El Salvador. Sus descripciones son detalladas y vívidas. Como los viajeros antes y después, se quejó del estado bajo de los transportes y de otras dificultades físicas. No obstante, también encontró mucho que alabar. “La situación de este país es peculiarmente favorable”, escribió, “para el intercambio comercial con toda otra parte del mundo” (8). Predijo que si un canal interoceánico se construyera, “esta parte del continente se convertiría en la gran vía pública de las naciones; y Centroamérica inmediatamente subiría a una importancia, comercial y política, que en otra manera jamás lograría”. Así exhortó a los norteamericanos a tomar más interés en tales proyectos. Reconoció que “algunas dificultades existen en realizar este objeto. . . —el estado de disturbio de Centro América en el momento actual, y la conmoción

civil a la que está sujeta en todo tiempo. . . .Pero estas dificultades no son insuperables” (9). A pesar de las convulsiones civiles del momento, Montgomery presenta a Centro América como un territorio “bendito, con un clima delicioso y un suelo fecundo, y rico en productos minerales y vegetales, . . . Falta sólo un buen gobierno y buenas leyes para ser la envidia del mundo” (10). Montgomery comentó también sobre los habitantes:

“Es solamente en la ciudad de Guatemala, y en una o dos de las villas más grandes, que la civilización y las artes han hecho algún progreso considerable. En lo demás de la república —en el campo y en los pueblecitos— el sencillo y primitivo modo de vivir de los habitantes se distingue poco del de los indígenas. . . . Las costumbres y los vestidos de los ciudadanos de Guatemala son esencialmente iguales a los de las clases correspondientes en la madre patria. Las señoras, como en España, llevan la mantilla y velo cuando van a la iglesia, y aparecen con la cabeza descubierta cuando pasean o están en una visita. Les gusta adornarse el cabello con flores y con peinetas altas de carey, algunas de las cuales son muy costosas y hermosamente labradas. . . .El orgullo y lujo de la dama guatemalteca es un velo ricamente bordado, un abanico caro, y un aderezo de joyas valiosas. Su pasión por lo último es extraordinaria, como también por adornos de toda clase. Estas damas son generalmente bien formadas y graciosas, y se enorgullecen de tener un pie lindo. Una galantería a esta parte de la persona de una dama es la moda más segura de ganar sus sonrisas”.

“En lo que concierne al hombre, su gusto en vestir luce principalmente cuando viaja. En tales ocasiones, sus espadas, sus espuelas de mucha plata, puñales con vainas de plata, los arreos de los caballos bordados elaborados con seda, y sus otros adornos, implica un gasto no menor de mil dólares”.

“De ambos sexos se puede decir con justicia, que son amables, corteses, y atentos con los extranjeros. Son de disposición dulce y tienen buenos talentos naturales, y son aptos para aprender, y tienen una imaginación viva. Con todo de esto, su educación es extremadamente deficiente”.

“... La erudición y la literatura están entre ellos en decadencia. La hospitalidad es una de sus virtudes; el azar una de sus faltas. También son algo aficionados a la pelea de gallos y a las corridas de toros”.

“Sus diversiones consisten principalmente en bailar y andar a caballo, a las cuales también son muy aficionados.

“... En Guatemala no hay carruajes de ninguna clase. . . ”

“... Casi todas las casas están abiertas a los visitantes.

En muchas casas se celebran pequeñas fiestas todas las noches, regularmente y sin ceremonia, pasando el tiempo en intercambio social. Las fiestas formales no son frecuentes. Sin embargo, estuve en una, donde todos los refinamientos de la vida urbana parecieron ser completamente comprendidos” (11).

Poco después llegó uno de los viajeros más observadores de la historia de Centro América. John Lloyd Stephens sucedió a Montgomery como agente especial de los Estados Unidos ante el Gobierno centroamericano, tal vez para llevar a cabo la misión de Montgomery. Stephens tuvo mucha dificultad en hallar un gobierno a quien presentar sus credenciales, pero mientras tanto viajaba a través del país con su compañero, Frederick Catherwood, y al regreso a los Estados Unidos editó una descripción extensa en dos tomos (12). Como con la relación de Montgomery, contiene vivas descripciones de los acontecimientos políticos del tiempo, características físicas, así como informes sobre las características humanas. Por eso es una de las fuentes históricas más importantes de la época. Se informó y escribió acerca de la historia de la región, y quedó notablemente impresionado por las ruinas mayas en lugares tales como Quiriguá, Copán y Palenque. Catherwood hizo dibujos detallados que se reprodujeron en la obra de Stephens. Las observaciones de Stephens no solamente reiteran las opiniones de la existencia de un solo partido político, como lo hacen tantas otras relaciones de viajeros, sino que reflejan investigaciones profundas y una consideración cuidadosa de las fuerzas políticas y sociales que operaban en Centro América. Al mismo tiempo, es claro que Stephens se oponía al desarrollo reaccionario de las instituciones y a modos más conservadores, que se llevaban a cabo durante su permanencia. La Asamblea decidió que la ley se ejecutara de acuerdo con las Leyes antiguas de los Españoles cuya severidad había sido una de las principales causas de la revolución en todos los países hispanos”, escribió. Continuó:

“Había algo muy horrible en esta retrógrada legislación. Se me hace muy difícil comprender cómo, en pleno siglo diez y nueve, hombres de entendimiento y en un país donde por todas partes los principios de libertad luchaban por prevalecer, se pretendiera sujetar al pueblo bajo un yugo que, aún en los siglos de la obscuridad, era demasiado duro para ser soportado” (13).

En lenguaje vivo, Stephens nota la diferencia entre la política centroamericana y la norteamericana, tal como él la ve:

“Entre ellos las diferencias políticas rompían todos los vínculos. Los peores ultrajes de nuestros partidos son moderados y suaves comparados con los términos con que ellos se expresan el uno del otro. Nosotros rara vez hacemos más que llamar a los hombres ignorantes, incompetentes, pícaros, indecorosos, desleales, depravados, subversores de la constitución y comprados con el oro británico; allá un opositor en política es un ladrón, un asesino; y es una alabanza el que se admita que él no sea un sanguinario asesino. . . A los partidarios vencidos se les fusila, se les destierra, se les hace huir o se les considera moralmente apestados, y jamás se atreven a expresar sus opiniones frente a alguno del partido dominante (14).

Claro es que Stephens simpatizó con las fuerzas liberales de Morazán, y esto se puede ver cuando comenta sobre el papel de los indios en la sublevación general de 1837–1840:

“Naturalmente pacífico y mantenido sin armas, el pueblo conquistado permaneció quieto y sumiso durante las tres centurias de dominación española. En todas las guerras civiles que siguieron a la independencia, ellos habían representado un papel de segunda importancia; y en los tiempos que precedieron a la insurrección de Carrera, permanecían completamente ignorantes de su propia fuerza física. Pero este temible descubrimiento ya estaba hecho. Los indios constituían las tres cuartas partes de los habitantes de Guatemala; eran los dueños hereditarios de la tierra; por primera vez desde que cayeron bajo el dominio de los blancos, se encontraban organizados y armados bajo un jefe de su propia raza, quien prefirió por el momento sostener al partido central. Yo no simpatizaba con este partido, porque creía que en su odio hacia los liberales estaba adulando a un tercer poder que podría destruirlos a los dos, acompañándose de una bestia salvaje que en cualquier momento podría volverse y hacerlos pedazos. Yo estaba persuadido que ellos jugaban una partida con la ignorancia y con los prejuicios de los indios, y por medio de los sacerdotes” (15).

No obstante, cuando Stephens visitó tales sacerdotes en los pueblecitos, llegó a entender cómo ellos llegan a ser de las personas más poderosas de toda Centroamérica. “Además de officiar en todos los servicios de la Iglesia, visitar a los enfermos y enterrar a los muertos”, escribió Stephens sobre el cura en una población indígena.

“Era mirado por todos los indios del poblado como consejero, amigo y padre. La puerta del convento estaba siempre abierta, y los indios constantemente acudían a él; un hombre que había tenido un altercado con su vecino; una mujer a quien su marido había tratado mal; un padre cuyo hijo se había llevado como soldado; una muchacha abandonada por su amante: todos los que se hallaban en pena o aflicción, acudían a él en busca de consejos y consuelo, y nadie salía desamparado. Y fuera de ésto, era el principal director de todos los asuntos públicos de la población; la mano derecha del alcalde; y ya había sido consultado si yo debía o no ser considerado como una persona peligrosa” (16).

Stephens tomó gran interés en la construcción de un canal interoceánico a través de Nicaragua, e hizo observaciones extensas muy completas, con dibujos y estadísticas sobre el asunto. Sin duda, su más importante contribución fue el renacimiento del interés por todas partes, en las ruinas mayas. Stephens fue el primer escritor moderno de fomentar el aprecio a la herencia y cultura indígena en Centro América.

Comenzando con la ruptura de la Confederación, el número de diplomáticos norteamericanos en Centro América se multiplicó rápidamente, según cada estado estableció su propia soberanía. Algunos de los despachos de estos diplomáticos han sido editados, pero muchos más quedan en forma manuscrita en los Archivos Nacionales de los Estados Unidos, como una fuente valiosa de información sobre la gente y los acontecimientos en Centro América y de los esfuerzos para proteger y extender allí los intereses norteamericanos.

Casi sin excepción estos diplomáticos se interesaban por las intrusiones británicas en el istmo. El agente especial William Murphy escribió a Daniel Webster en 1842, que “el General Carrera es un soldado y un patriota, pero . . . está completamente ignorante de las ‘Tuertas y Derechas y Convoluciones Desenfrenadas’ de los asuntos del Estado, mucho menos que de la astucia artera de la diplomacia británica” (17). Pero entre todos los diplomáticos norteamericanos del siglo diez y nueve en Centro América, ninguno fue más anglofóbico que E. George Squier. Representativo del apogeo del espíritu expansionista conocido como “destino manifiesto” en los Estados Unidos, Squier trabajó infatigablemente en la mitad del siglo contra su contraparte y rival, el diplomático británico Frederick Chartfield, para obtener derechos territoriales norteamericanos en el Istmo. Sus esfuerzos excedieron con mucho sus instrucciones o los intentos del gobierno en Washington, pero hay que darle mucho crédito por refrenar las intrusiones británicas por medio del Tratado Clayton–Bulwer de 1850 (18). Además, sus escritos extensos sobre Centro América, probablemente contribuyeron al gran aumento del interés norteamericano en el

istmo, que dio lugar a la expedición malaventurada de William Walker (19). Squier era una racista fanático, y aunque sus obras contienen mucha información histórica, sus análisis de las causas del subdesarrollo de Centro América escasamente merecen tomarse en serio. Un ejemplo bastará: “Todas las violaciones de las distinciones naturales de raza, o de esos instintos que se diseñaron para perpetuar las razas superiores en su pureza, imponen invariablemente los más deplorables resultados, los cuales afectan los cuerpos, intelectos y percepciones morales de las naciones que se muestran ciegas a estos sabios diseños de la Naturaleza, y viven desatentas de sus leyes. .,. En Centro América. . . encontramos un pueblo no solamente desmoralizado por la asociación sin restricción de distintas razas, sino que también donde las capas superiores son absorbidas por las inferiores, sus instituciones desaparecen bajo la barbarie de las segundas” (20).

En la década de 1850 la atención norteamericana se enfocó en Nicaragua, por motivo de la ruta de tránsito a California y por la expedición del filibustero William Walker. El ministro norteamericano en Nicaragua durante el episodio de Walker, John Wheeler, simpatizaba con la causa de Walker y así mandaba a Washington informes muy favorables al filibustero. La derrota de Walker forzó la renuncia de Wheeler, y su sucesor Mirabeau B. Lamar, ex-presidente de la República de Texas, pudo hacer poco para mejorar las relaciones entre Nicaragua y los Estados Unidos. Informó a Washington que “hay en este país un terror muy profundo, tanto que, cuando se admita a los norteamericanos, los nacionales serán empujados a un lado —su nacionalidad estará perdida, —su religión destruida,— y las clases comunes se convertirán en leñadores o sacadores de agua ” (21).

Que la expedición de Walker dejó una impresión durable en las actitudes centroamericanas, se revela por un informe del ministro norteamericano en Guatemala, Elisha Grosby, cuando explica el motivo del gobierno guatemalteco en apoyar al gobierno de Lincoln en la gran guerra civil estadounidense. Los guatemaltecos temían que los Sureños, a quienes se les consideraba “muy agresivos y sin escrúpulos en sus medios de adquirir territorio”, absorberían a México y Centroamérica también, si tuvieran éxito en separarse de la Unión (22).

Más tarde, en el mismo siglo, cuando la economía capitalista de los Estados Unidos floreció, los norteamericanos comenzaban a tener más interés en las oportunidades para inversión y en el desarrollo de un canal interoceánico. La política positivista de los gobiernos centroamericanos fue favorable a este modo de desarrollo. Los informes de los diplomáticos estadounidenses de esta época, todavía poco investigados, ofrecen extensa información en este desenvolvimiento. Los despachos de los cónsules norteamericanos por todo Centroamérica indican claramente un creciente papel comercial de los Estados Unidos en la región y un correspondiente decrecimiento del papel británico. Los

informes también ofrecen observaciones detalladas sobre los acontecimientos políticos y sociales en las ciudades centroamericanas, no solamente en las capitales, sino también en los puertos y otros centros comerciales (23).

Mientras tanto, algunos ciudadanos particulares habían viajado a través de Centro América y unos pocos habían escrito sus impresiones. Hacia el fin del siglo se encuentra un gran volumen de tal literatura. Entre los primeros vino un joven de Boston que tenía solamente diecisiete años cuando en 1838 llegó a Acajutla, procedente de Hawaii. Fue de Acajutla a Izabal, y después pasó por barco a Massachusetts. Aunque su relación contiene poca información relativa a las grandes figuras o acontecimientos de la época, tiene valor por sus vivas descripciones de varias poblaciones centroamericanas y por su cuento de las dificultades de viaje durante estos tiempos tumultuosos (24).

La adquisición norteamericana de California y el descubrimiento de oro allá, puso a Centro América en la ruta natural de miles de yanquis que se precipitaban hacia las minas. Inmediatamente después de esta migración vino la ya mencionada expedición de Walker en que centenares de norteamericanos invadieron a Nicaragua, presuntamente para ayudar la causa liberal en ese país, pero en realidad para establecer un estado colonial. El resultado literario de estos acontecimientos fue un gran aumento de libros y artículos sobre el istmo, demasiado extenso para detallar aquí. El mismo Walker escribió una relación de lo que experimentaba en Nicaragua. Cualquiera que fuera su ambición y motivos secretos, Walker informó al público de su deseo por establecer una revolución completa para la sociedad centroamericana como decadente y necesitada de renovación, y su solución a tal necesidad fue la inmigración de una élite norteamericana y la traída de esclavos africanos. En sus propias palabras, “Del día en que los americanos desembarcaron en El Realejo arranca una nueva era, no sólo para Nicaragua, sino también para Centro América. Desde entonces la gastada sociedad de aquellos países no pudo evadir o sustraerse a los cambios que los nuevos elementos iban a realizar en su organización y política” (25). Un compañero de Walker, Capitán James Jamison, comentó más específicamente en lo que encontraron en Nicaragua: “La aristocracia social de Nicaragua tiene la riqueza y belleza de España antigua, y sus hombres y mujeres tienen encanto y buen porte”. Pero, “por más de veinte años”, prosiguió Jamison, “continuas guerras facciosas han devastado las repúblicas centroamericanas. . . Tan frecuentes y destructivos han sido estos resortes de las armas, que la República no tiene un sistema de finanzas, está sin crédito, y casi se despuebla de sus habitantes masculinos. “. . . Moralmente, físicamente y fiscalmente, Nicaragua está en un estado de postración completa”. Años después, Jamison todavía creía que la causa de Walker había sido justa. Si hubiera vivido Walker, concluyó Jamison, “Habrá cambiado la historia

política de Centro América, y habría hecho de los cinco estados centroamericanos una tierra de progreso intelectual y grandeza comercial, y los habría salvado de ser la almajara de las revoluciones recurrentes, y el lugar perdurable de desorden social y pobreza comercial” (26).

La invasión final de Walker en Centroamérica vino por Honduras, en colaboración con residentes de las Islas de la Bahía, quienes resistían la cesión británica de dichas islas a Honduras en 1860. Un asociado de Walker fue a Roatán para investigar la situación allá. Informó a Walker sobre las posibilidades de colonización en las Islas de la Bahía, mas sus intereses claramente se extendían también a la tierra firme de Honduras. Informó que Omoa era un puerto mejor que Trujillo, y lo previno de que “hay una aversión seria hacia los norteamericanos en Olancho, a consecuencia de una partida de cateadores que penetraron al interior para buscar metales preciosos”. Concerniente a Roatán, él aseguró a Walker que “los habitantes están muy poco inclinados a estar sujetos a las leyes de Honduras. Casi todos han expresado una determinación a ofrecer resistencia. . . La gente blanca del pueblo desea introducir inmigrantes de los Estados Unidos, pero los negros se oponen, temiendo que los yanquis puedan reducirlos a la esclavitud” (27).

Otros expansionistas ardientes que habían estado en Centroamérica en la década de 1850 escribieron mucho tomos que desarrollaban los argumentos en favor de la anexión a Norteamérica del territorio centroamericano (28).

Viajeros posteriores se preocuparon menos de la expansión territorial, y más de las oportunidades para la expansión comercial. Incontables tomos se editaron, incluso muchos en el estilo de la tontería romántica en boga al fin del siglo pasado. Sin embargo, aún en estas obras se puede captar mucho de su valor histórico. Las dificultades de transporte continuaron limitando las oportunidades de viaje a Centro América, y aún hasta en 1886, la heredera de cafetales, Helen Sanborn, escribió que “es verdaderamente sorprendente que el pueblo estadounidense sepa tan poco sobre Centroamérica. Su conocimiento del Polo Norte o de Africa es más extenso que el de esta rica porción de su propio continente. La causa es, obviamente, la gran falta de facilidades para viajar”. Mucho del país, continuó, “se puede alcanzar solamente por jornadas laboriosas por mula, y por una experiencia decididamente penosa” (29). Si bien la relación de la señorita Sanborn no se puede comparar con la escrita sobre Chile por Lady Calcott (30), o sobre México por Madame Calderón de la Barca (31), esta es, sin embargo, una descripción vívida y valiosa. Esta primera mujer norteamericana que escribió sobre Centro América, nos ofrece en prosa deliciosa, una descripción apreciablemente más entusiasta que la mayor parte de las que la precedieron. La señorita Sanborn acompañaba a su padre en una visita a las regiones cafetaleras de Guatemala, y su relación incluye descripciones pintorescas de cafetales, pueblos de

indios, problemas de viaje, ruinas antiguas, además una entrevista con el Presidente Justo Rufino Barrios, de quien dijo que “estaba muy interesado en la inmigración de extranjeros al país... Se interesó mucho en hablar del café, . . . pues él mismo era el exportador más grande del café en toda la República” (32).

Además de los libros y artículos, hubo un desconocido número de viajeros cuyas cartas y diarios están depositados en varios archivos y bibliotecas, esperando al investigador. Un ejemplo es el General sureño Edward Alexander, nombrado en 1897 como árbitro en la disputa sobre los límites entre Nicaragua y Costa Rica. Sus cartas suministran ricos retratos de la gente y acontecimientos en Nicaragua, Costa Rica y Panamá durante 1897 a 1900. Después de uno de los primeros encuentros con los comisionados de los dos países, Alexander escribió a su mujer diciendo que “lucharán acremente sobre las diferencias. Parece que consideran que el dominio de la boca del Canal de Nicaragua está en duda, y creo que los dos preferirían antes hacer la guerra uno contra el otro, que cederla”. La guerra se evitó, pero Alexander reportó numerosos incidentes bélicos y agregó que las dos repúblicas intervenían regularmente en los asuntos internos una de la otra, y por eso contribuyeron a la inestabilidad política de ambos (33).

La construcción de los ferrocarriles y otras facilidades de transportes, incluso la apertura del Canal de Panamá, se acompañó por un gran número de relatos de viaje en las primeras décadas del siglo veinte. Los extendidos intereses económicos norteamericanos dieron lugar a más interés literario. Los escritos sobre Centro América llegaron a ser tan voluminosos que nada más unos cuantos ejemplos se pueden presentar aquí. Estas impresiones son desde esas relaciones negativas e intolerantes como la de “Golightly” Morrill, quien vio a Centro América como “un lugar que hay que mirar pero no vivir —un lugar para mandar a los enemigos si no nos importa lo que les pase” (34), hasta la de George Putnam, quien la vio como “una tierra de tesoro, casi intacta, con posibilidades fascinantes” (35). Las impresiones variaban bastante, pero todas juntas ofrecen un retrato compuesto de una región subdesarrollada, impaciente por modernizarse. Eran frecuentes las comparaciones con México, mejor conocido a los norteamericanos, aunque necesariamente no se estuviese de acuerdo. Frederick Palmer, escribiendo en 1910, aprobó el orden y tranquilidad establecidos por Porfirio Díaz, en contraste marcado con la contienda y el desorden en que se encontraba el istmo (36). Al contrario, diez años más tarde, Eugene Cunningham, escribió favorablemente sobre Centro América en general y Costa Rica en particular, en contraste a México (37).

En el siglo veinte es imposible escribir sobre Centro América sin hacer mención de la United Fruit Company. Las relaciones varían mucho sobre este tema. Algunas, como las de Charles Wilson, interpretan a La Frutera como un ejemplo del éxito empresario

norteamericano en los trópicos (38). Otros escritores, como Kepner y Soothill, han acusado al UFCO de “estrangular a sus competidores, dominar a los gobiernos, manipular a los ferrocarriles, arruinar las plantaciones, asfixiar a las cooperativas, tiranizar a los obreros, luchar contra los sindicatos, y explotar a los consumidores”. O, en otras palabras, de practicar el “imperialismo económico” (39).

La esposa de un ingeniero de la compañía, Frances Emery Waterhouse, describe la rutina de la vida diaria en una plantación bananera, en un libro hablantín llamado *Banana Paradise* (New York, 1947). La señora obviamente estaba encantada con Centro América. Alaba el orden de la dictadura de Ubico y comenta con simpatía las costumbres de los nativos. Sólo ataca a los alemanes arrogantes que, según la señora, tiranizaban a los indios. En verdad, numerosos escritores norteamericanos escribieron contra los alemanes en la década del 30. Parece que los alemanes habían reemplazado a los ingleses como rivales principales en Centro América de los norteamericanos.

Durante y después de la segunda guerra mundial, más viajeros vinieron y más relaciones se editaron. Algunas son valiosas, por supuesto, pero el gran aumento de estudios académicos reducía la importancia relativa de tales relaciones. En las ciencias sociales —especialmente ciencias políticas, sociología, economía y antropología— hay varios cuidadosos estudios de la escena contemporánea de estos países.

Los historiadores norteamericanos también han puesto atención al istmo, aunque todavía hay mucho que hacer. En cierto punto las relaciones de Stephens, Squier, Stout y Wells pueden ser consideradas como las primeras historias norteamericanas de importancia sobre Centroamérica. Pero mucho más seria y completa fue la obra grande Hubert Howe Bancroft en las décadas de 1870 y 1880. Incluye cinco tomos sobre las razas nativas y tres sobre la historia de Centro América. Bancroft escribió una obra clásica en inglés que todavía se consulta mucho (40). Su interpretación fue liberal, en la tradición de la escuela de Lorenzo Montúfar. Bancroft consultó y reunió una enorme cantidad de fuentes, que forma hoy el núcleo de la gran Biblioteca Bancroft de la Universidad de California.

Al principio del siglo veinte, Dana Munro escribió una importante síntesis de la historia de Centro América que, aunque superficial en su tratamiento del siglo diez y nueve, ofrece mucha información sobre las dos primeras décadas del siglo actual (41). En la década de 1930 merecen mención las historias de Costa Rica y Guatemala por Chester Lloyd Jones. Estas obras revelan pocos detalles que los historiadores centroamericanos no hubiesen dicho, pero al menos hicieron que estos informes estuvieran disponibles en inglés (42).

Desde 1940 el volumen de obra histórica ha aumentado con varios estudios monográficos importantes realizados por norteamerica-

nos. Los nombres de Mary Holleran, Mario Rodríguez, William Griffith, Franklin Parker y Thomas Karnes encabezan una lista bien larga. El Instituto de Investigaciones Mesoamericanas de la Universidad Tulane en New Orleans ha sido especialmente activo en estudios centroamericanos, especialmente tocante a antropología, historia, y ciencias políticas. Gran parte del trabajo norteamericano tiene que ver con Guatemala, y la relativa a Costa Rica es algo menor. Hay una carestía de trabajo docto sobre Honduras, Nicaragua y El Salvador.

¿Y qué podemos decir al concluir esta selección de impresiones norteamericanas sobre Centroamérica? Ciertamente, ninguna historia completa se puede escribir con solamente las impresiones de los observadores extranjeros, mucho menos con los de un solo país. Pero las numerosas relaciones escritas por norteamericanos sí proveen mucha información que no se encuentra fácilmente en otras fuentes. Además, ofrecen una interpretación y perspicacia desde un punto de vista separado de los intereses y lealtades nacionales. Por eso, contribuyen a un mejor entendimiento del pasado cuando se usan en combinación con otras fuentes. Estas relaciones también son valiosas porque reflejan los cambios en la mentalidad del pueblo norteamericano —desde las actitudes racistas y nacionalistas del siglo diecinueve hasta las opiniones más ilustradas e internacionalistas en el siglo actual. Al mismo tiempo, las relaciones mismas a menudo han contribuido a la formación de las ideas sobre Centro América y de la política norteamericana hacia el istmo.

El historiador serio estaría mal orientado si dependiera enteramente de estas relaciones extranjeras; sin embargo, no debe dejarlas pasar desapercibidas.

NOTAS

(1). Robert S. Smith, "Financing the Central American Federation, 1821-1838," *Hispanic American Historical Review*, XLIII (November, 1963), 485, citando Williams a Clay, 3 y 4 de agosto de 1826, National Archives of the United States, State Department, Diplomatic Dispatches: Central America, I.

(2). Phillips a Clay, Guatemala, 30 de febrero de 1827, Documento 436, William R. Manning, comp., *Correspondencia diplomática de los Estados Unidos concerniente a la independencia de las naciones latinoamericanas*. 3 tomos (Buenos Aires, 1931), II, 1045.

(3). Savage a Van Buren, Guatemala, 1^o julio de 1830, Documento 438, *Ibid.*, 1049.

(4). Smith, "Financing", 483, citando Savage a Van Buren, Guatemala, 22 de agosto de 1832, National Archives of the United States, State Department, Diplomatic Dispatches: Guatemala, I.

(5). DeWitt a Edward Livingston, Ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, New York, 30 de abril de 1833, Documento 764, William R. Manning, comp., *Diplomatic Correspondence of the United States: Inter-American Affairs, 1831-1861*, 10 vols. (Washington, 1932-38), III *Central America, 1831-1850*.

(6). DeWitt a Louis McLand, Ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, Guatemala, 17 de enero de 1834, Documento 766, *Ibid.*, 72.

(7). Franklin D. Parker, *Travels in Central America, 1821-1840* (Gainesville, 1970), p. 142.

(8). George Washington Montgomery, *Narrative of a Journey to Guatemala*, in *Central America*, in 1838 (New York, 1839), p. 126. Un estudio que detalla las dificultades de viaje en Centroamérica en esta época es Frances Kaufman, "Travelling in Guatemala: Experiences of Foreign Travellers, 1825-1861," (New Orleans: M. A Thesis, Tulane University, inédita, 1969).

(9). *Ibid.*, pp. 128-129.

(10). *Ibid.*, pp. 174.

(11). *Ibid.*, pp. 157-160.

(12). *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatán*: 2 vols. (New York, 1841).

(13). John L. Stephens, *Incidentes de viaje en Centro América, Chiapas y Yucatán; obra escrita en inglés hace cien años*, trad. por Benjamín Mazariegos Santizo, 2 tomos (Quetzaltenango, 1939-1940), I, 156-157.

(14). *Ibid.*, 237-238.

(15). *Ibid.*, 237.

- (16)., *Ibid.*, 131.
- (17). Murphy a Webster, Ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, Guatemala, 4 de febrero de 1842, Documento 805, Manning, *Diplomatic*, III, 173.
- (18). Dos tesis doctorales, escritas bajo la dirección de Professor William J. Griffith en el Departamento de Historia de Tulane University, New Orleans, han investigado en detalle varios aspectos de esta cuestión: Robert A. Naylor, "British Commercial Relations with Central America, 1821-1851" (1958), y Charles L. Stansifer, "The Central American Career of E. George Squier" (1959). Vea también, Mario Rodríguez, *A. Palmer—stonian Diplomat in Central America: Frederick Chatfield, Esq.* (Tucson, Arizona, 1964).
- (19). Entre las publicaciones más importantes de Squier están: *Nicaragua: Its People, Scenery, Monuments, and the Proposed Interoceanic Canal*, 2 tomos (New York, and London, 1852); *Waikna; or Adventures on the Mosquito Shore* (New York, 1855); *Notes on Central America* (New York, 1855); *The States of Central America* (New York, 1858); *Monograph of Authors who have written on the Languages of Central America, and Collected Vocabularies or Composed Works in the Native Dialects of that Country* (New York and London, 1861); y *Honduras; Descriptive, Historical and Statistical* (London, 1870). Ver también: Stansifer, "The Central American Career of E. George Squier".
- (20). Squier, *Notes on Central America*, pp. 55-58.
- (21). Lamar a Lewis Cass, Ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, Managua 26 de febrero de 1858, Documento No. 1424, Manning, *Diplomatic*, IV, 659.
- (22). Max Moorhead, "Rafael Carrera of Guatemala: His life and Times" (Berkeley, tesis doctoral inédita, University of California, 1942), p. 113, citando "Statement of Events in California as related by Judge E. O. Crosby for the Bancroft Library", manuscrito inédito, Bancroft Library, University of California (1874). Vea también Elisha O. Crosby, *Memoirs of Elisha Crosby*, ed. Charles Albro Barker (San Marino, California, 1945).
- (23). Gran parte de los despachos de Centro América durante el siglo diecinueve están disponibles en Microfilms del National Archives en Washington.
- (24). Parker, *Travels*, pp. 124-141. La obra de Jarves se intituló *Scenes and Scenery in the sandwich Islands, and a Trip through Central America: Being observations from my note—book during the years 1837-1842* (Boston, 1843).
- (25). William Walkker, *La Guerra de Nicaragua*, trad. Ricardo Fernández Guardia (San José de Costa Rica, 1924), p. 23. La obra original de Walker, *The War in Nicaragua*, se editó en Mobile, Alabama, en 1860.
- (26). James C. Jamison, *With Walker in Nicaragua* (Columbia, Missouri, 1909), pp. 13, 15 y 179.
- (27). Arthur Callaghan a William Norvell (William Walker; "Norvell" era el apellido de la madre de Walker), Ruatán, 7 de febrero de 1860, Documento 14, Callender I. Fayssoux Collection of William Walker Papers, Latin American Library, Tulane University, New Orleans.

- (28). Representativo de esas obras es la larga y divagadora historia y guía de Nicaragua por Peter F. Stout, *Nicaragua: Past, Present and Future: A Description of its Inhabitants, Customs, Mines, Minerals, Early History, Modern Fillibusterism, Proposed Inter-Oceanic Canal and Manifest Destiny* (Philadelphia, 1859) y la obra aún más detallada por William V. Wells, *Explorations and Adventures in Honduras, Comprising Sketches of Travel in the Gold Regions of Olancho, and a Review of the History and General Resources of Central America* (New York, 1857).
- (29). Helen J. Sanborn, *A Winter in Central America and Mexico* (Boston, 1886), p. 8.
- (30). Maria Graham, Lady Calcott, *Journal of a Residence in Chile, During the year 1822* (London, 1824).
- (31). Frances Erskine Calderón de la Barca, *Life in México, During a Residence of Two Years in That Country* (London, 1843).
- (32). Sanborn, *A Winter*, pp. 146-148.
- (33). Edward Porter Alexander Papers, Collection No.7, Southern Historical Collection, University of North Carolina, Chapel Hill, N. C.
- (34). G. L. Morrill, *Rotten Republics: A Tropical Tramp in Central America* (Chicago, 1916), p. 287.
- (35). George P. Putnam, *The Southland of North America; Rambles and Observations in Central America during the Year 1912* (New York, 1913), p. vi.
- (36). Frederick Palmer, *Central America and its Problems* (New York, 1910), p. 2.
- (37). Eugene Cunningham, *Gypsying through Central America* (New York, 1922), pp. 17-18. Entre las otras relaciones descriptivas por norteamericanas sobre Centro América, valiosas aunque algunas veces frívolas, son Carleton Beals, *Banana Gold* (Philadelphia, 1932); Henry R. Blaney, *The Golden Caribbean* (Boston, 1900); Cecil Charles, *Honduras: Land of Great Depths* (Chicago, 1890); Hezekiah Butterworth, *Lost in Nicaragua; or, Among Coffee Farms and Banana Lands, in the Countries of the Great Canal* (Boston, 1898); Samuel Crowther, *The Romance and Rise of the American Tropics* (New York, 1929); Richard H. David, *Three Gringos in Venezuela and Central America* (New York, 1896); Harry Foster, *A Gringo in Mañana Land* (New York, 1924); Harry A. Franck, *Mexico and Central America; A Geographical Reader* (Dansville, N. Y., 1927); Thomas W. F. Gann, *Ancient Cities and Modern Tribes: Explorations and Adventure in Maya Lands* (New York, 1926); Louis J. Halle, *Trascaribbean; a Travel Book of Guatemala, El Salvador, British Honduras* (New York, 1936); Cecile Matschat, *Seven Grass Huts; An Engineer's Wife in Central-and-South America* (New York, 1939); Agnes Rothery, *Central America and the Spanish Main* (Boston, 1929), and *Images of Earth: Guatemala* (New York, 1934); Arthur B. Ruhl, *The Central Americans: Adventures and Impressions between Mexico and Panama (New York, 1928); Frank Vincent, In and Out of Central America* (New York, 1903); Wallace Thompson, *Rainbow Countries of Central America* (New York, 1926);

(38). Charles Morrow Wilson, *The Tropics: World of Tomorrow* (New York, 1951) p. 88.

(39). Charles D. Kepner, Jr., and J. H. Soothill, *The Banana Empire: A Case Study of Economic Imperialism* (New York, 1935), p. 336.

(40). *The Works of Hubert Howe Bancroft*, 39 vols. (San Francisco, 1883-90), vols. 1-8.

(41). *The Five Republics of Central America, their political and economic development and their relations with the United States* (New York, 1918).

(42). *Costa Rica and Civilization in the Caribbean* (Madison, Wisconsin, 1935); *Guatemala Past and Present* (Minneapolis, 1940).